

Los maestros de escuela

Unas oposiciones que van a durar más de dos años

Se ha cumplido el año de convocatoria de las oposiciones al Magisterio Nacional y solamente van realizados la mitad de los ejercicios del programa.

Nada se sabe respecto a fecha de continuación de los exámenes, que están en suspenso hasta que determine la Dirección general; pero es de suponer que lo menos hasta octubre no den comienzo para no interrumpir el veraneo de los numerosísimos miembros de los Tribunales provinciales.

Siendo así, se puede afirmar que la duración de esta segunda parte de los ejercicios ha de prolongarse hasta el mes de diciembre, y como las calificaciones tienen que hacerse por el Tribunal central, no hay posibilidad de sufrir equivocación asegurando que los opositores no han de conocer el resultado final de estas oposiciones antes del mes de julio del año 1930.

Dos años completamente perdidos para los siete u ocho mil opositores que han de quedar sin plaza, y también para los que las obtengan, puesto que son dos años menos de antigüedad en el correspondiente escalafón del Magisterio Nacional.

Merece la pena que se estudie este asunto por propio interés nacional, puesto que la paralización de número tan crecido de actividades perjudica tanto a la nación como al individuo, aparte de que no sale bien librada la enseñanza, porque con el sistema de oposición que se practica cunde el desaliento entre la juventud que ha

terminado los estudios del Magisterio y servirá de resistencia a los que tuvieran el propósito de hacer la preparación.

Tampoco es para pasar por alto los quebrantos económicos que ocasiona en su casi totalidad a las familias de esos millares de opositores.

Como en toda oposición—y, claro es, no pudiendo sospechar en principio una duración tan excesiva—, al conocerse la convocatoria la mayor parte de los opositores aceptaron las preparaciones que ofrecían las Academias o particulares, teniendo que trasladarse a la capital de la provincia los que no residían en ella, acrecentando, por consiguiente, los gastos, los de hospedaje; la misma desorientación de fechas de exámenes ha servido para ir sosteniendo un mes y otro los referidos gastos, que al hacer el año de iniciados suman una respetable cantidad de pesetas para clase tan modestísima como son la mayoría de los opositores.

Es muy dura la prueba a que se quiere someter a los futuros modeladores de las inteligencias de nuestra infancia y completamente inútil.

Suponemos que los siete u ocho mil opositores que quedan sin plaza no han de quedar muy gustosos a repetir la oposición.

¿Si el ministro o el director general escucharan los juicios de esa legión que aspira a esas modestas plazas de 3.000 pesetas...!

JOSE DE LA ROSA
(De «Heraldo de Madrid».)

DICHOS Y HECHOS

Musicoterapia

No garantizamos nada, pero leemos: «Todos los educadores conocen el caso del padre de Montaigne, que hacía despertar a su hijo con música. Desde entonces se ha tratado de estudiar la influencia de la música sobre ciertos enfermos. Se sabe que éstos prefieren la música alegre, pero no es una preferencia absoluta. Hay que notar, en efecto, que no siempre esta música conólene a los temperamentos desequilibrados por la dolencia. Otras impresiones no musicales dan a veces mejores resultados.

Pero se ha notado durante estos últimos años que la T.S.H. y el gramófono producían armonías más soportables por los neurasténicos que las producidas por la música directa. Así, en los sanatorios y casas de salud, se usa cada vez más la música de segunda mano.

Hay hace años en Inglaterra, orquestas destinadas a tocar en los hospitales. En América se usan las

llamadas «máquinas de dormir», aparatos músico-terapéuticos que dan horas y horas, sonidos dulces y gratos. Hace siglos que las madres conocían este sistema. Y las «berceuses» de tantos insignes músicos no son sino música para dormir».

Quedémonos con esa afirmación curiosa de que cura mejor la música de segunda mano que la directa, la música en conserva de los discos y la música electrizada de la T.S.H. que la del propio cosechero. ¿Qué diferencia puede haber entre una y otras? ¿Qué quita o qué añade a la música el hecho de hacerla pasar por un ciclo mecánico o eléctrico? Tal vez en estos procesos de transformación se eliminen vibraciones parásitas, viciosas, desacordes, o se suman oscuras y sutísimas cadencias sanas.

En rigor, vuelve así a plantearse con una precisión nueva el misterio inefable de las sensaciones musicales, el orfeísmo, en una palabra, que domaba las fieras e inclinaba los tallos hacia la mitológica lira. Del «quien canta su mal espanta», pasamos al influjo curativo de estos aparatos que cantan por nosotros, por

otros, por estos surcos del disco y estas radiaciones invisibles que recogen voces y armonías, las deforman, las transforman, y en este trasiego se bonifican.

Falta por saber ahora si la pianola, si el organillo, si la música mecánica, son «mejores» que la otra. Mejores, claro está, terapéuticamente, porque artísticamente, no hay caso. Sólo pensar en sostenerlo, desencadenaría sobre nosotros una tormenta indescriptible de virtuosismo exacerbado.

HOJAS AL VIENTO

Visita nocturna

Esta noche me ha visitado fray Jerónimo Savonarola.

Al abrir los ojos le he visto sentado a los pies de mi cama, calada la capucha de dominico, con las manos sobre las rodillas. Era el mismo que nos representó Giovanni delle Corniole en sus finas gemas, el que nos pintó Bartolomeo della Porta, el que nos describió el dominico fra Benedetto en su poema épico «Los cedros del Líbano»:

Fué pequeño de cuerpo, pero sano. Sus miembros, delicados, hasta el punto que su sagrada mano relucía; afable siempre, perturbado nunca; su mirar vivo, hermoso y penetrante; sus ojos bajos, gratamente negros; negro el cabello, espesa era su barba; su boca fina, su semblante oblongo y algo encorvada la nariz tenía.

—¡Buenas noches, fra Girolamo!— le he dicho.

—¿Me has conocido? Vengo a pasar un rato en tu compañía.

—Te lo agradezco. Charlaremos un poco, aunque sea de arte, por más que pases por enemigo de la poesía y de toda manifestación artística.

—¿Yo enemigo de la poesía? ¿Yo enemigo de las artes? ¡Qué cosas se dicen! Cuantos quieren pasar por eruditos citan mi nombre, hablan de mí, aunque no me conozcan ni por la

punta de mi capucha, y me atribuyen tonterías, las que les conviene a ellos atribuirme. ¡Siempre amé la poesía! Yo mismo compuse, recién entrado en religión, un poema: Sobre la decadencia religiosa». Jamás condené las artes, sino el abuso que muchos hacían de ellas. Me indignaban los artistas que, llamándose cristianos, producían obras paganas: Venus, Bacos, las Gracias, las Parcas, la Fortuna, Dianas, Apolos, Siferos, Amorillos... Encuentro muy razonable que Homero, Praxiteles, Anacreonte, Safo, que griegos y romanos, en fin, dedicaran todo su talento a reproducir, a encomiar en sus obras a sus diosas raras y a sus dioses borrachos y visiosos. Eran paganos y hacían arte pagano. Pero un cristiano, ¿puede ver con buenos ojos que un Alberti tomara como modelo para la estatua de San Miguel a una Inota, querida de Malatesta; ni que un fra Filippo Lippi reprodujera en los semblantes de sus vírgenes el rostro de su amante Lucrecia Ruli? Yo era cristiano y quería que todo lo fuera, desde el granito de arena que brillaba a las orillas del Arno hasta el puntito luminoso que en la noche, desde las ventanitas de mi convento de San Marcos, veía brillar en las profundidades negramente azuladas del bello cielo de Florencia. Los artistas cristianos debían hacer arte cristiano. Así pensaba. Y esta mi manera de pensar influyó en artistas como Sandro Botticelli, Lorenzo di Credi, Perugino, Crónaca, Baccio da Monte Lupo, Ferrucci, Baccio Baldini y muchos más... En mi época, en mi convento de San Marcos, trabajaron miniaturistas, pintores, arquitectos... ¡Yo enemigo de las artes! Las amé y las sigo amando.

—¿Las sigues amando?

—Sí; mi espíritu se deleita ante las maravillas de la arquitectura cristiana, de la pintura cristiana, de la música cristiana, de la poesía cristiana. Me encantan los ángeles de fra Angélico las vírgenes de Rafael y de Murillo, el Cristo de Velázquez, los monjes de Zurbarán, la Cena de Vinci, los cua-

droscos ascéticos de Valdés Leal, los miles de lienzos que, esparcidos por el mundo, pregonan la fecundidad artística de un Ideal que llenó mi vida. Recorro las catedrales, los monasterios, todos los templos magníficos, para recrearme en la contemplación de sus bellezas, y entro en ellos y me paseo por sus bóvedas oyendo las armoñas de la música religiosa de Palestrina, de Esiava, de Perosi, y me postro ante las imágenes de los bienaventurados, hermosamente talladas, ¡Oh, las de vuestro Sancillo, las de vuestro Montañés, las de vuestros Cano, Mena y Roldán! ¡Oh, las cientos de miles, bellísimas todas, esculpidas en coros, pórticos y retablos! ¡Nada como el arte cristiano! ¡Nada como la poesía cristiana, católica, mística! ¡Oh, Dante! ¡Oh, Juan de la Cruz! ¡Oh, Verdaguer!

—¿Cómo! ¿Has leído a Verdaguer!

—Mi espíritu visita todas las bibliotecas, revuelve todos los libros, se entera de todo.

—¿Conoces el Socialismo?

—No mucho. Los monjes de mi orden no le miran bien. Tú eres socialista, ¿verdad?

—Lo soy. Es el Ideal más bello que ha encendido el corazón de los hombres.

—Veo que le amas. ¡Qué lástima! Pues si eres poeta, como tengo entendido, debes celebrarle en tus canciones. De lo contrario, serás un farsante. Cuando se ama un Ideal, se desea que todos le conozcan y le amen. Y el artista puede conseguir esto embelleciéndolo, ensalzándolo, propagándolo con sus producciones artísticas.

—Yo espero que, a lo largo de los siglos, el arte socialista eclipse las bellezas del cristiano.

—El entusiasmo por una Idea hace maravillas, joven. Un gran pintor que profese sinceramente el Socialismo, forzosamente producirá grandes obras pictóricas socialistas. Y lo mismo un gran escultor. Y lo mismo un gran poeta. Y...

—Conforme.

—Pero yo... debiera volver al catolicismo.

—¿A pesar de Alejandro VI?

—A pesar de Alejandro VI. No hay que confundir a Dios con Satanás.

Al llegar aquí, me incorporé para tocar el sayal a Savonarola; pero palpé la nada. Fray Jerónimo se había desvanecido.

MIGUEL R. SEISDEDOS

JABÓN

«Acacias Madrileñas»
Acertada creación, de excelente calidad, precio reducido y distinguida presentación.

De venta: CASA MESEGUER

Estuches de papel, gran lujo y novedad, y estuches de papel de luto en todos los anchos, encontrará usted, en esta imprenta, a precios económicos.

¿Quiere usted comprar barato?
visite la conocida y acreditadísima

ZAPATERIA VALENCIANA

y encontrará en ella lo más estupendo en calzado para caballeros, señoras y niños a precios completamente económicos.

Artículos de primera calidad fabricados exclusivamente para esta casa a precios sin competencia.

Siempre las últimas novedades

ZORRILLA 1.—LORCA